

«Curar a veces, aliviar a menudo, consolar siempre»

Guérir quelquefois, soulager souvent, consoler toujours. Es una famosa máxima que, según algunos historiadores, utilizaba con frecuencia el médico francés Adolphe Gubler, quien la había aprendido a su vez de Claude Bernard. Estos dos célebres clínicos del siglo XIX describían con ella el papel que debe ejercer el médico con sus pacientes, una forma de asumir que la medicina no es una ciencia exacta y que no tiene soluciones para todos, si bien el facultativo siempre puede ayudar, aunque sea a través del consuelo.

La relación entre médicos y pacientes ha variado con el paso del tiempo, pero ya desde la antigüedad clásica se consideró la comunicación entre ambas partes como algo fundamental para el buen discurrir de la práctica médica.

El reportaje que abre este número de 7DM está dedicado a la comunicación médico-paciente, un tema que está ahí desde hace milenios pero que solamente ha sido objeto de estudio en los últimos tiempos, un tema que cobra cada vez más protagonismo en el ámbito del debate sobre la práctica profesional, pero que para muchos debería tener aún más protagonismo.

El Colegio de Médicos de Barcelona acogió recientemente una jornada dedicada a la comunicación médico-paciente, donde se hizo énfasis en su importancia como elemento nuclear de la actividad clínica. La sesión contó con uno de los expertos internacionales que más han estudiado esta cuestión, el italiano Giorgio Nardone, a quien entrevistamos para 7DM. Durante su conferencia relató una anécdota de cuando fue invitado a participar en un congreso organizado por una sociedad dedicada a la educación del paciente. Explicó que asistió a numerosas ponencias en las que los expertos mostraron cientos de diapositivas con datos de todo tipo, pero que nadie habló en ningún momento de técnicas de comunicación ni de cómo éstas pueden influir mejorando los resultados clínicos. «Propuse que la sociedad cambiara de nombre y que pasara a llamarse de “educación del médico” y no de “educación del paciente”, ya que eran los médicos los que parecían más necesitados de aprender», dijo con ironía.

A juicio de este experto, la comunicación es fundamental para ganarse la confianza de los pacientes, lo cual redundará en un mejor cumplimiento de los consejos y tratamientos que se les prescriban. De hecho, sus investigaciones han constatado un descenso de la observancia terapéutica que él atribuye al decreciente valor que se ha otorgado a la buena comunicación durante las últimas décadas.

Sin embargo, otros especialistas se muestran algo más optimistas, como demuestra el hecho de que exista formación en comunicación en muchas facultades de medicina y se considere una competencia básica de la profesión. Desde finales del siglo XX y principios del XXI incluso se exige dicha formación para acreditar a facultades en algunos países, y a los estudiantes se les exige demostrar sus aptitudes en este terreno.

Porque una de las cuestiones en las que coinciden todos los que trabajan e investigan en este ámbito es que se trata de un conjunto de habilidades que pueden enseñarse, aprenderse y aplicarse en la práctica con buenos resultados. Hace más o menos medio siglo, muchos consideraban que tales habilidades eran algo así como innatas para los clínicos y por ello se creía innecesario enseñarlas. Incluso muchos docentes se oponían. Pero nadie nace enseñado en estas técnicas, por mucho que determinadas personas tengan más cualidades que otras a la hora de comunicarse.

Pero como expresa muy bien Giorgio Nardone, la comunicación va mucho más allá de las palabras, es mucho más que una mera transmisión de información. La buena comunicación también toca los sentimientos, abarca aspectos emocionales y establece relaciones humanas, pues no debe olvidarse que el médico debe tratar a enfermos, no simplemente enfermedades. ■

“**La comunicación es fundamental para ganarse la confianza de los pacientes, lo cual redundará en un mejor cumplimiento de los consejos y tratamientos»**